

Hurtos en comercios

Cuando montó su pequeña tienda de ropa no tenía la menor idea del esfuerzo que suponía tal menester.

Al trasiego de compras y ventas sumaba otro tipo de cargas con la ayuda e inestimable colaboración de una entidad financiera. Su hermana venía de vez en cuando para echarle una mano y de paso escoger algún trapito con el que embellecer su espectacular percha. Menchu tenía un arte especial para encantar y convencer a sus clientes, a las que orientaba en la moda y, sobre todo, daba ese toque personal que lograba acentuar sus encantos, por disimulados que estuvieran. Después de media noche en plena función de acoplamiento del género en sus estanterías y bandejas, regresó a casa con la recaudación bien escondida. Su sentido de autoprotección en la calle estaba perfectamente asumido y no daba facilidades al tironero de turno.

Su piso presentaba las medidas de seguridad adecuadas y le hacía sentirse tranquila dentro del castillo en el que desarrollaba poca parte de su vida. Su soledad no era un accidente sino una espera de algo o alguien que fuera capaz de alterarla.

Por la mañana, a las diez en punto, abrió sus puertas y comenzó una larga jornada laboral. Conocía de memoria el local y los montones de prendas en sus respectivos lugares. Con un raudó movimiento de cabeza sabía donde y como estaba cada cosa.

Cuando entraron las tres mujeres notó un vuelco en el estómago. Sus colegas del gremio le habían hablado de las descuidadas y mecheras, especializadas en el hurto de ropa. Se encontraba sola y jamás como en ese momento echó de menos a su hermana, aunque le diera un sablazo en forma de camisa de seda.

Le pedían ropa para probar y apreciaba maniobras para separarse o alejarla de su entorno.

Estaba segura de que la iban a liar y por eso giraba la cabeza de un lado a otro tratando de controlar todos los movimientos en cada rincón de la tienda.

Entregaba y contaba los pantalones, faldas o suéter y recogía los mismos haciendo un enorme esfuerzo de concentración.

Cuando las vio salir resopló de alivio y tomó asiento en la banqueta que guardaba detrás del mostrador de caja.

Después de recuperar la calma volvió a repasar cada una de las zonas de exposición.

Al mirar la leja más baja comprobó clamorosas ausencias. En la contigua se repetía el fallo. Dos montones habían mermado por arte de

magia. Alguna de sus frustradas compradoras

habían logrado el propósito buscado. Ella, a pesar de su atención, no había podido evitarlo.

Todo ese día lo iba a dedicar a vender, si lo conseguía, para recuperar pérdidas. Toda esa jornada laboral era gratis gracias a las descuidadas, ciertamente hábiles.

La lección estaba aprendida y debía afinar su ingenio en el futuro. Ese incidente le sirvió mucho más que todos los consejos recibidos de colegas y vecinas de calle peatonal. La caja registradora cumplía un papel simbólico.

Cada vez que juntaba varios billetes de cinco mil, los escondía en su zona privada, lejos de miradas traicioneras.

Además del truco, procuraba cerrar con llave porque estaba junto al probador y al alcance de manos adhesivas con dudosas y malas intenciones.

Sabía que, junto con las prendas, su dinero también podía ser objetivo de descuidados.

José Fco ROLDAN PASTOR

¿Cómo prevenimos?

1º.- Tener el mostrador en el punto estratégico que permita controlar la salida de los clientes y así detectar los hurtos.

2º.- El objetivo de los autores de hurtos no sólo son los objetos expuestos, sino las pertenencias de clientes o vendedores. Ante presencias sospechosas hay que prestar una atención mayor.

3º.- La caja registradora debe estar siempre cerrada. No debemos guardar mucho dinero porque es uno de los elementos de mayor riesgo.

Cualquier otro modo de colocar billetes debe mantenerse en lugares discretos.

4º.- No guardar el dinero a la vista de la gente, en un bolso o cartera, aunque lo tengamos bajo el mostrador o en una leja trasera.

5º.- Habitaciones o trastiendas son otro punto de interés de los descuidados. Buscan los bolsos en una percha o sobre una mesa. Si tenemos algún mueble con cajoneras y metemos el bolso, debemos cerrar.

6º.- Mucho cuidado con los grupos de clientes. Uno pretende entretener y otros sustraer. Si notamos la falta de alguna prenda, rápidamente, dar aviso al 091 indicando ruta de escape y demás características físicas de los autores para localizarles pronto y con los objetos en su poder.

7º.- Es muy importante conocer el local y la disposición exacta de las cosas que nos permita controlar con un golpe de vista las alteraciones del muestrario o perchero.

8º.- Cuando las visitas sean conocidas como descuidadas profesionales, no les permitan permanecer en el local, ordenen su desalojo. En caso de negativa o enfrentamiento pidan ayuda y que se de aviso al 091.

9º.- Hay que disponer del personal adecuado a los metros cuadrados de un comercio. Además de atender mejor al público, se vigila mejor.

10º.- La buena armonía y colaboración de los colegas situados en bajos próximos sirve de mejor autoprotección colectiva.